

# EL RANCHO

Corona la cuchilla  
sobre un mar de gramilla;  
diríase una quilla su techo, y todo él es  
como un barco al revés;  
como uno de esos barcos náufragos que a la orilla  
arrojó el oleaje,

Y allí quedan, volcados sobre el suelo,  
hablando al alma de un lejano cielo,  
de un mar ignoto y de un terrible duelo,  
de corsarios, de muertos, de abordaje...  
Barco volcado en que una raza fuerte  
cruzó del tiempo el piélago profundo,  
y triunfó de la muerte,  
pero fué vencida  
por la vida del mundo...

¡Barco tumbado que el pampero azota,  
que hoy habitan el paria y el ilota,  
más que, tal vez mañana,  
abandonado dejarán sin pena,  
como deja la errante caravana  
el inseguro aduar sobre la arena!

Resto de naufragio, castigada nave;  
casucha del hombre, que no envidia el ave;  
frágil al empuje del crudo pampero;  
refugio sumario y típico, el rancho;  
¡de barro y de paja, como el del hornero,  
miserable y sucio, como el del carancho!

Corona la cuchilla no por dominador,  
sino para que el agua del río no le arrastre  
cuando del bajo sube, turbio, avasallador,  
llevando a dónde llega la muerte y el desastre.

Tiene la forma de un arca,  
y es un arca inconsistente por la tierra detenida  
al fin de quién sabe qué  
diluvio. Dentro el patriarca  
de tez por el sol curtida  
y luenga barba florida,  
rememora lo que fué,  
inmóvil ante la eterna correntada de la vida...

Evocación de una era  
de épicas abnegaciones y sacrificios violentos,  
en la que la raza altanera,  
en la punta de las lanzas, rayos de la montonera,  
ofrecía una bandera  
al abrazo de los vientos!  
Nido del gaucho aguerrido  
en el duro batallar  
por la patria o el partido;  
no más sólido que el nido  
donde se va a refugiar,  
para morir o para descansar  
el fiero chimango herido.  
Débil tienda de campaña,  
rústica improvisación,  
con techumbre de espadaña  
y paredes de terrón,  
efímera, transitoria, deleznable construcción  
de pájaros que renuevan  
su casa en cada estación;  
carpa de guerra en un vasto  
campamento — el territorio  
nacional — surge entre el pasto  
como un nidal provisorio...  
Exigua vivienda humana,  
apenas techo y reparo  
en el latifundio, hermana  
del ombú que te da amparo,



eres crisol de una raza bronceína  
que regó con su sangre el terruño  
y de las fronteras trazara la línea  
a punta de lanza y a fuerza de puño;  
y que después de haber hecho su obra  
sólo a tenido para refugiarse  
a descansar de la ruda zozobra  
esa precaria guarida en que echarse...

Razas de tierras lejanas vinieron  
a fecundar la desierta campiña,  
de espigas de oro la pampa cubrieron  
y en los pedregales plantaron su viña...  
Pero el rancho sigue siendo la vivienda  
de los que fecundan la roca y el cieno:  
carpa improvisada, provisoria tienda  
de un pueblo que habita sobre campo ajeno...  
Hoy junto al caballo que impaciente afuera  
aguarda al jinete, no es extraño ver  
la yunta de bueyes que rumiando espera  
la eficaz picana que la haga mover.  
Y hasta el pingo inquieto que en heroicos días  
fué el corcel piafante de las correrías  
suele, en una agrícola paz beatificado,  
verse honestamente prendido al arado,  
semejando un poco a esos luchadores  
que al llegar a viejos se hacen labradores...

Jóvenes países, en dolores viejos —  
¡oh grandes estancias que gobierna un amo! —  
que los proletarios que llegan de lejos  
atraídos siempre por vuestro reclamo,  
hallen un refugio menos miserable  
casa más segura, tienda más estable  
que el barco tumbado de donde la mar  
apenas crecida los viene a arrojar.  
¡El barco tumbado! El viento lo azota;  
el mar lo amenaza; lo habita el ilota,  
aquel que mañana  
tendrá que dejarlo, partiendo sin pena,  
como deja la errante caravana  
el inseguro aduar sobre la arena...

EMILIO FRUGONI.